

*Apéndice J.—La especie humana, por M. de Quatrefages,* miembro del Instituto de la Academia de ciencias y profesor de antropología en el Museo de historia natural. Feliz soy en poder hacer constar por el análisis que el mismo autor, cuya moderación, autoridad y ciencia nadie pondrá en duda, hace de su bueno y bello libro, que dá completamente la razón á la Revelacion (sin que con todo eso se meta en cosa alguna que á ella ataña, y permaneciendo en un terreno puramente científico) en todos los puntos esenciales: la unidad de origen, de especie y de centro de la creacion, ó sea del tronco de todas las razas humanas: la aparicion relativamente reciente del hombre en la tierra: la improbabilidad absoluta de los sistemas de Evolucion, ó del Darwinismo, y de la descendencia del hombre del mono, etc. M. de Quatrefages no es tan firme sobre la fecha absoluta de la creacion del hombre, porque, en contradiccion con sus antiguos principios, no se ha librado bastante de las pretensiones de la Geología; sin embargo sus valuaciones hállanse encerradas entre los límites extremos de la cronología bíblica.

---

---

TOMO TERCERO.

---

---

LA FE Y LA CIENCIA.

(CONTINUACION Y FIN.)

*Capítulo nueve.—La verdad absoluta de los Libros santos.*—No cesaremos de confesarlo: la inspiracion concedida á los escritores sagrados no tuvo directamente por objeto constituirles en estado de sabios y hacer caer de su pluma el conocimiento dogmático de las leyes y fenómenos del universo. Podríamos conceder: que enunciaron sencillamente los hechos de la naturaleza con el solo intento de darse á entender de aquellos á quienes dirigianse; que la asistencia especial que recibieron limitóse á preservarlos de cualquier error personal, acerca del dogma y de la moral; que narraron muchos hechos segun la opinion reinante en la época en que estos acontecieron; que se acomodaron á las ideas del tiempo y del vulgo, conformándose al espesarlos á la manera vulgar de presentar los fenómenos, etc. Pero no podré hacer estas concesiones, mientras la necesidad de ello no sea rigurosamente demostrada, mientras no se haya probado la existencia, en la santa Biblia, de un error científico evidente ó cierto. Ha llegado el momento de probar: 1.º que no se ha dado esta prueba; 2.º que de hecho todos los pasajes de los Libros santos que están relacionados con la ciencia son admirables por su verdad, y están en tan perfecta armonía con los oráculos de la ciencia más adelantada, que no se puede prohibir el mirarlos como divinamente inspirados;



y 3.º que, si en cierto punto parece andan desacordes la Revelación y la ciencia, sobre todo y únicamente es porque la ciencia no ha hecho aún bastantes progresos.

Como ejemplo de la armonía que ha llegado á haber entre la santa Biblia y una ciencia muy adelantada, cité ya lo siguiente: el papel de la sangre en la vida fisiológica de los animales, á la cual Moisés llama su alma; la teoría de los vientos alizos; la precipitación de la lluvia por el rayo; la constitución del sol en estado de astro despues de la creacion del flúido luminoso; la novedad del arco-iris despues del diluvio; el fuego asociado á las tinieblas, ardiendo sin materia inflamable, etc.

Los más recientes progresos han multiplicado aún más estas concordancias.

—El firmamento que Dios extendió ó desarrolló en el espacio, debía ser una especie de materia difusa, que es tal vez la materia firmamentaria descubierta y estudiada por M. Tyndall.

—El espectróscopo de M. Janssen nos ha revelado la presencia de aguas superiores en los espacios celestes.

—Inmediatamente despues del caos, y cuando llegó el momento de hacer que cesara, organizándolo, la santa Escritura hace intervenir la luz, el éter luminoso. Y hé aquí que en fin, rechazando la ciencia la falsedad de la atracción universal, de la que por tanto tiempo mostróse tan fiera, llega á demostrar que el flúido luminoso ó éter, no tan sólo infinitamente consistente, sino tambien infinitamente elástico, cuyas moléculas ó átomos, animados por movimientos muy rápidos, hacen excursiones no tan sólo infinitamente pequeñas, sino tambien infinitamente numerosas, es el verdadero origen de las aparentes atracciones de los cuerpos celestes, de la condensación de la materia nebulosa, de la formación de los mundos estelares y planetarios. El solo *flat lux* de Moisés constituiria la grande síntesis de los fenómenos del universo.

—El autor del libro de la *Sabiduría*, no haciendo intervenir en la formación de los mundos más que una cierta

ley, la ley de atracción aparente causada por la impulsión real de las vibraciones etéreas, y cierto movimiento giratorio, ¿no nos revela á su vez la síntesis del universo: materia, éter, movimiento de traslación, de rotación y de ondulaciones? Y cuando el mismo autor nos dice, que el Creador dispúsole todo con medida, número y peso, ¿no anuncia implícitamente la ley de los volúmenes, de las proporciones múltiples y de los equivalentes de la química y geología modernas?

—En la promesa hecha por Dios á Abraham, el número de estrellas del cielo es comparado á los innumerables granos de arena de las orillas de los mares, á los innumerables granos de polvo de la tierra. Esta grandiosa comparación seguramente no se aplicaba al corto número de estrellas visibles á simple vista; era como un conocimiento anticipado de lo que los gigantescos telescopios de Herschell, de lord Rosse, etc., debían revelarnos más tarde sobre la incommensurabilidad de las estrellas, sobre los grupos estelares y de las nebulosas.

—Sólo el espectróscopo, este incomparable instrumento del astrónomo de los modernos tiempos, podia dar todo su alcance á estas singulares palabras de S. Pablo: «Distinta es la claridad del sol, distinta la claridad de la luna, distinta la claridad de las estrellas; porque la estrella difiere de la estrella por su claridad.» En efecto, el análisis espectral ha probado que las diversas luces difieren, no tan sólo por su intensidad, sino tambien por su naturaleza y movimientos.

—San Pedro con la mayor claridad dice que la tierra fué formada del agua y por el agua; pues bien, la mayoría de los geólogos decláranse hoy dia por la teoría neptuniana en contra de la teoría plutoniana. El Apóstol decía mas claramente aún que la tierra terminaría por el fuego; pues bien, la disociación por medio del calor de los elementos de la tierra es un dogma fundamental de los géometras mecánicos.

—El profundo estudio de la hibridez, revelando á M.



Negán que las plantas nacidas de la mezcla de dos especies son las más de las veces estériles, porque sus órganos sexuales están modificados y alterados, nos esplica porqué Moisés prohibía tan formalmente á los Hebreos sembrar sus campos con granos mezclados.

Podría estender este comentario inesperado y maravilloso de la ciencia moderna á todo lo que he llamado la ciencia de la Biblia, y demostrar de este modo que los Libros santos, en todos los puntos que tocan á la ciencia, están mucho más adelantados de lo que se cree estaba la ciencia de su tiempo. Pero tratase sobre todo de probar que jamás han cometido errores científicos, ó que no se hicieron eco de los errores populares de sus tiempos; en una palabra, que lo que en la Biblia se relaciona con la ciencia es absolutamente verdad.

*Hechos de la historia natural.*—El libro de los Jueces nos cuenta que Sanson encontró, despues de algunos dias de haberlo muerto, en las fauces de un leon un panal de miel. Volvire proclama esta asercion impertinente y falsa. Los más autorizados apicultores afirman que una colonia de abejas, domésticas ó salvajes, puede en una hora ó dos construir un panal de un decimetro cuadrado y llenarlo de miel.

*Avestruz.*—Job dice que la *avestruz* era cruel, que estaba privada de sabiduría ó inteligencia, porque abandonaba sus huevos sin empollarlos. Los naturalistas del siglo xviii pretendían que esto sería un error de observacion. Pero el mismo Darwin afirma que el instinto de la *avestruz* no ha tenido aún tiempo de fijarse y perfeccionarse bastante para hacerla empollar todos sus huevos, pues que encontraron dia de caza una veintena de ellos extraviados y podridos.

—El autor del libro de los Proverbios decia de la *hormiga*: Aunque no tenga ni jefe, ni amo, ni principe, prepara en el verano su comida, y acumula durante la siega lo que debe comer. Reaumur y casi todos los naturalistas habian-

se atrevido á decir que estos pretendidos depósitos nada tienen de real, que las hormigas ni saben lo que es hacer provisiones. Era una ligereza de la ciencia que no habia observado que las hormigas, en las regiones frias, duermen durante el invierno. Un jóven naturalista inglés que las observó en un clima más dulce, en Menton, probó de *visu* que los granos acumulados en los graneros hábilmente construidos sirven realmente para el alimento de las hormigas. Vió á estos insectos separar las particulas de un grano de mijo, húmedo y libre de su perispermo, para introducirselo en la boca. Las hormigas tienen una madre, pero su existencia es toda interior; jamás sale y no manda las evoluciones de sus hijas. Salomon sabia en esto más que los naturalistas de todos los siglos.

—Pretendíase que el *unicornio* fuese un animal imposible, en el sentido que un cuerno único, en la base del hueso frontal, repugnaba á las leyes de la anatomía. La ciencia moderna no nos ha manifestado claramente todavía cuál es el animal del cual ha dicho la santa Biblia: Libradnos de los dientes de los leones y del cuerno del unicornio! Pero nos ha probado la existencia de dos cuadrúpedos de un solo cuerno, muy diferentes el uno del otro. Uno de ellos es el antilope, y el otro el rinoceronte ó aboukarn del África meridional. Este último animal concuerda más con las palabras y el sentido de los pasajes en que se trata del unicornio, con tanta más razon en cuanto el vocablo hebreo que se traduce por unicornio tradúcese en otras partes por rinoceronte.

*La liebre.*—El animal impuro, de pezuña hundida, del cual se trata en el Levítico, y cuyo nombre hebreo ha traducido la *Vulgata liebre*, es con mucha probabilidad, siguiendo la opinion de M. Milne Edwards, el pequeño mamífero, conocido entre los hebreos con el nombre de *daman*. Es preciso ser muy cauto en las deducciones para aplicar los nombres empleados por los traductores y los autores antiguos; porque los modernos están siempre dispuestos á aplicar á las especies, nuevas segun ellos, los



nombres de las especies antiguas con las que tienen más ó menos semejanza.

La distincion de *animales puros é impuros*, limpios é impuros, por la cual tanto se ha acriminado á Moisés, fundase con toda certeza en los principios de una ciencia muy adelantada, cuyo secreto no hemos logrado conocer. Los animales, que aun hoy día tiene el hombre repugnancia en comerlos, aunque su carne no sea dañina para la salud, sino que algunas veces, al contrario, es muy delicada, eran mirados todos como impuros.

—Pretendiase que las *langostas* de san Juan Bautista fuese un alimento imposible, y sin embargo son en Oriente un alimento histórico y contemporáneo. Cómense las langostas, hechas de diversos modos, y se les encuentra bastante buen gusto.

—El *pez de Tobias*, encontrado en el Tigris y de bastante magnitud para espantar á un jóven ya adulto, fué proclamado una fábula; pues bien, este pez existe aun hoy día. M. Víctor Place, cónsul de Francia en Mossoul, vió coger uno que pesaba 300 libras y encontró demasiado pequeño para enviarlo al Museo de historia natural.

El *excremento de golondrina*, rico en ácido úrico ó en amoniaco, pudo muy bien ejercer una accion deletérea en la segunda túnica del ojo del anciano Tobias, y cubrirla de telas opacas. Por otra parte, si el bisturí puede hacerlo, si la abrasion de una ó de muchas telillas opacas del ojo puede hacerlo tambien, con mucha más razon pudo verificarse el milagro.

El *pez de Jonás*, que el texto hebreo denomina grande pez, pudo ser una ballena, como se ven aun hoy día en el Mediterráneo, ó una lania de la especie de los gatos marinos, de bastante magnitud para tragarse un hombre, ó simplemente un cocodrilo ó un tiburón. Lo que la historia natural nos cuenta de estos monstruos marinos hace posibles todos los rasgos del relato bíblico.

La situacion de Jonás en el vientre del pez puede ser comparada á la de un niño que habita en el seno de su

madre, á la de esos sapos que permanecen sepultados entre durísimas piedras y que se ha visto salir vivos después de un tiempo indefinido. La Academia de ciencias vióse obligada á admitir la posibilidad de este hecho, confirmado además por una experiencia directa y *positiva* de M. Márcos Seguin. M. Babinet miraba como cierto que los Indios, por una pequeña suma de dinero, dejábanse enterrar y sembrar sobre sus cuerpos arroz, desenterrándolos vivos después de la cosecha. Este hecho y el del sapo que sale vivo de la piedra, hechos simplemente naturales, son tan extraordinarios como el hecho sobrenatural de Jonás, que permaneció tres días y tres noches en el flexible vientre del gran pez.

—Lo de las *trescientas zorras* que Sanson lanzó sobre las mieses de los Filisteos para incendiárselas parece á su vez una fábula; pero estas zorras eran chacales, animales muy mansos, casi domésticos, que dejábanse coger sin trabajo, que abundaban y abundan todavía así en Palestina como en Argelia.

—Los *corderos manchados de Jacob*. Voltaire ha dicho del medio empleado por Jacob para hacer engendrar por sus ovejas corderos manchados (*de las ramas verdes despojadas en parte de su corteza*), que colocaba en las orillas de los arroyos durante la época del celo: «Esta particularidad de la historia de Jacob ajustada á una preocupacion impertinente, pero muy antigua, prueba que nada es más antiguo como el error». Tratar de preocupacion impertinente el hecho de la influencia de la imaginacion de la madre sobre la concepcion, más que una impertinencia, es una degradante ignorancia, porque á menudo ha probado la ciencia esta estraña influencia. Pero hé aquí que en estos últimos años, los hechos análogos á los de las ovejas de Jacob se han multiplicado de tal modo, que se ha llegado á decir, en plena sesion de la Sociedad general y central de agricultura de Francia: «El estraño hecho de Jacob es corroborado por todas las generaciones de ganaderos. Y seria muy útil calcular y preparar anticipadamen-



te, como lo hacia Jacob, qué influencia ejerce en los animales reproductores, en el momento del celo y de la concepcion, la vista de objetos deformes y de colores que resaltan, ó la condicion del centro habitual en que viven, etc. Esta influencia puede ser utilizada por los ganaderos.» Aun todavia esta vez la verdad absoluta y el progreso estaban de parte de la Santa Escritura, y el error y la rutina de parte de la incredulidad. ¡Ah! ¡si la ciencia tuviese una confianza entera en la Revelacion!

—¿Cómo dos osos pudieron vengar á Eliseo? ¡No hay osos en Palestina; el clima no es bastante frio, y faltan bosques! El oso blanco y el oso negro exigen tal vez un clima frio; pero el oso bayo y el gris habitaban en los climas templados y aun cálidos, como la Libia y la Numidia, de donde los sacaron los Romanos en gran número. Aun en los tiempos modernos, la Samaria, allá donde vivía Eliseo, estaba cubierta de bosques.

—Admiranse de que los caballos fuesen llevados á Salomon de Egipto en donde eran muy raros; pues bien, los hechos afirmados por los monumentos de Egipto están en pleno acuerdo con los hechos de la Biblia. El asno era empleado de una manera universal en Egipto y Siria como animal de carga, desde los tiempos más remotos, segun acreditan los monumentos. El caballo, al contrario, permaneció desconocido, en los países del Sud-Oeste del Eufrates, hasta que los pastores dominaron en Egipto, es decir á principios del siglo xix antes de la era cristiana. Pero más tarde, y por consiguiente en los tiempos de Salomon, los caballos fueron muy abundantes en Egipto.

—No es preciso admirarse por vez indicada en la Palestina un rebaño de cerdos. La ley que prohibía á los judíos comer carne de cerdo no les prohibía criarlos. El asno y el perro eran animales inmundos como el cerdo, y estaban sin embargo en uso comun entre los israelitas. Por otra parte, Gerasa estaba situada en la Decápolis, era muy renombrada por sus bosques de robles, y la mayor parte de sus habitantes eran paganos.

—¡No es creible, decia Voltaire, que los avispones hayan puesto en fuga al Heveo, al Chananeo y al Heteo! Pues bien, una multitud de historiadores nos cuentan hechos semejantes. M. de Castelnau, cónsul en Africa, hace la historia de una mosquita, la Thetéz, apenas mayor que la que habita en nuestras casas, la cual mataba con sus picadas á los animales domésticos, hacia que la region fuese inhabitable, y obligaba á retroceder á las caravanas.

—Encuéntranse excesivas estas palabras del Génesis: *¡Con dolor parirás los hijos!* Y sin embargo un habilísimo profesor de obstetricia, M. E. Verrier, no vacila en decir: «No puede establecerse comparacion alguna entre el dolor y los peligros de la parturicion de las hembras salvajes y los de las hembras domésticas. La distancia que separa bajo el mismo punto de vista á la compañera de nuestra existencia de las hembras domésticas es tan grande como la distancia entre aquellas y las hembras salvajes.

—La existencia en los tiempos antiguos, no solamente de gigantes individuales, sino tambien de razas de gigantes, no puede ser puesta en duda. Los gigantes hacen un gran papel en las tradiciones de todos los pueblos; y aun más, estas tradiciones están acordes en presentar á los gigantes como hombres malos que sucumben en su lucha con el principio de todo bien. Los gigantes del Génesis no son, pues, ni imposibles, ni absurdos. Los gigantes de la raza de Enach, los *Enaqueos*, comparados con los cuales no eran los enviados de Josué más que langostas, son tal vez los antecesores de todos los gigantes de la historia, aun de los de la tierra magallánica ó de los Patagones, porque, arrojados por Josué, esparramáronse por doquiera.

—Los *Pigmeos* ó *Ganadim*, guardianes de las torres de Tiro, pueden haber sido los *Bess* ó los *Akkas*, ó los *Niam-niam* (*niam* en egipcio significa *enano*) con los cuales traficaban los Fenicios, y que habitaban y habitaban todavia la costa meridional del golfo de Aden. En todo caso ¿no hubiera habido un claro en la Biblia, si no hubiese señalado la existencia de los gigantes y de los pigmeos ó enanos?



—La duración prodigiosa de la vida de los primeros hombres es una de las más admirables cosas de la historia del mundo antes del diluvio; pero cuanto más extraordinaria es, más toma el carácter de un notabilísimo hecho histórico, que ha debido dejar en la memoria de los hombres impercederos recuerdos. Encuéntrase, en efecto, en los anales de todos los pueblos. «Supérfluo sería, dice el doctor Foissac, en su libro de la *Longevidad humana*, buscar la explicación de cómo los hombres pudieron vivir ocho ó nueve siglos! Más pronto deberían esforzarse en comprender por qué sucesión de deterioración natural, original ó adquirida, encuéntrase la raza humana reducida á los límites actuales... ¿Por qué la muerte? ¡Hé aquí lo incomprendible y el misterio! Antes del diluvio, sin duda, el aire atmosférico era menos rico en oxígeno, más cargado de vapor de agua y de ácido carbónico, la respiración menos activa, la temperatura más igual el desarrollo mucho más lento. El hombre podía no llegar á la pubertad hasta los ciento treinta años; y si es verdad que la duración de la vida sea siete veces la del desarrollo, el hombre podía en efecto alcanzar ciento treinta veces siete, ó sea novecientos diez años.

—De ningún modo es admirable que no haya podido adivinarse todavía cuáles eran los animales monstruosos que Job designa con los nombres de *Leviathan* y *Behemoth*. El *Leviathan* es tal vez el cocodrilo ó la ballena: el *Behemoth*, el hipopótamo, el rinoceronte ó el elefante. Todos dos pudieron pertenecer á las razas de los grandes mamíferos que desaparecieron.

—Los treinta y dos *elefantes de combate* del rey Antíoco nada tienen de increíble. Julio César hizo combatir en el circo veinte elefantes, llevando torres de madera en cada uno de las cuales había sesenta hombres. El elefante de combate con sus torres era y es todavía común en las Indias.

—Es preciso ver necesariamente un milagro en el número inmenso de *codornices* que cayeron sobre el campo

de los Hebreos; pero el hecho extraordinario anunciado anticipadamente por Moisés no es más que la exaltación ó la exageración divina de un hecho científico y completamente natural. En efecto, las codornices fatigadas por un largo viaje, déjanse coger, aun hoy día, de la mano en los lugares en que sirvieron de alimento á los Hebreos. Los Hebreos pudieron conservar sus carnes, ya sea sencillamente haciéndolas desecar al rededor del campo, porque el clima de Egipto es eminentemente seco y conservador; ó ya sea salándolas y haciéndolas secar al sol, porque la sal era muy abundante en las orillas del mar Rojo, y en los lagos amargos vecinos al punto en que los Hebreos atravesaron este mar.

—El *grifo*, del cual se ha pretendido hacer un animal fabuloso, era probablemente el condor ó el pigargo. El *izion* era un ave de rapina congénere del milano y del buitre. Podemos no saber qué aves corresponden á los nombres hebreos del Génesis, pero por lo mismo que se prohibía su carne, debían existir y ser conocidos de todos.

—La *ardiente serpiente del desierto* era muy probablemente la hidra, ó la chushidra de Cuvier, cuya mordedura causa inflamaciones y ardientes dolores; se encuentra aun hoy día en el desierto, y los Arabes la consideran como muy ponzoñosa.

—El demonio para tentar á Eva pudo tomar la forma de *serpiente*, la cual no era entonces un objeto de horror como es ahora, y que tal vez no ha llegado á serlo, sino por el infernal papel que tuvo que representar, y por la maldición de que fué objeto. Su intervención es un hecho sobrenatural y maravilloso, que en nada contraría á la razón, que la razón al contrario nos obliga á que aceptemos, porque sería imposible explicar sin él este otro hecho de historia y mitología, que el demonio ó la serpiente que le sirve de emblema encuéntrase en las tradiciones de todos los pueblos, y encuéntrase en ellas con varios tipos á la vez, como un sér bueno y de superior naturaleza á la nuestra, como un sér malo y causa de nuestras



desgracias, y como un sér en relacion particular con la mujer. La fábula universal supone y demuestra invenciblemente la historia.

—Opónese á la cronología bíblica la existencia de ciertos árboles, el *baobab*, por ejemplo, á los cuales es preciso señalar una antigüedad extraordinaria de más de seis mil años, por su enorme corpulencia y su indefinido número de capas de crecimiento anual. Pero el *baobab* pudo escapar al diluvio que no destruyó el mundo vegetal; y un botánico, que lo ha observado de cerca, afirma que puede formar hasta veinticinco extraordinarias capas por año. Además la creación de los vegetales ha precedido de mucho á la de los animales y á la del hombre.

—El *cominillo* del Evangelio es sin duda el *lotium temulentum*, la yerba de los borrachos, gramínea anual, común á los campos de trigo.

—Ha bacuc amenaza á los Judios con no ver más *floreecer su higuera*; se ha querido encontrar esta amenaza ridícula, porque, dicen, la higuera jamás florece; es un grande error. El fruto de la higuera tiene al mismo tiempo la flor; la flor de la higuera es tambien doble, macho y hembra. La higuera de Bethania fué maldecida, porque no daba frutos en tiempo de los higos.

—El *cenabe* del Evangelio pudo muy bien no ser más que la herbácea que designamos con los nombres *sinapis alba* ó *sinapis nigra*. Puede ser una planta arborescente ó un árbol, como los *sinapis* de que habla el Talmud, y sobre el cual subíase como sobre una higuera.

—Muy bien se ha podido decir del trigo, confiado á la tierra, que muere, porque el cuerpo del grano se descompone y sirve de alimento al gérmen. La oxidacion, que es el punto de partida de la germinacion, es una verdadera combustion ó disolucion, una especie de muerte.

—En el *maná del desierto*, así como cuando las codornices, es posible que el hecho sobrenatural haya venido á injertarse sobre el hecho natural, engrandecido, multiplicado por el poder divino, de manera que alcance las por-

porciones de milagro. El maná celeste puede haber tenido alguna analogia con el maná que produce el tamarindo del Sinai y de la Siria; el hecho natural puede ser considerado como el engendro del hecho sobrenatural, indicando la posibilidad científica de la alimentacion milagrosa. Pero para nosotros las cimas de los árboles desaparecen, ó son reemplazadas por las regiones del aire y del cielo. Es Dios quien interviene directamente, quien dá á su pueblo un alimento completo.

—Las *cebollas* de Egipto no han perdido nada de su sabor, y no ceden en nada á los mejores frutos de Francia. ¿Por qué los Israelitas no las habian de echar de menos?

—La *madera de la fuente de Mara* era el berberis al cual aun hoy dia se atribuye en el desierto la propiedad de quitar á las aguas su amargura? Esto no es imposible. Pero no vacilamos en admitir el milagro. El trocito de leño, arrojado á la fuente, si hubiese simplemente obrado por una virtud natural, hubiera estado evidentemente fuera de proporcion con la inmensa cantidad de agua que debia convertir en potable.

—Job concede al *árbol muerto* la posibilidad de que reverdezca. ¿Por qué no? Un árbol decaído, escariado, seco, acepillado puede llamarse ciertamente un árbol muerto. Sin embargo se han visto reverdecer árboles así mutilados. La vida del árbol, múltiple hasta el exceso, es incomparablemente más tenaz que la del hombre, cuerpo vivificado por una única alma.

—¿No es muy natural atribuir la *incombustibilidad* de los árboles de Setim, árboles que servian para la construcción del altar y de los báculos, al bronce con que enteramente estaban cubiertos?

—La *triple cosecha del año sexto* podria, en rigor, y hasta cierto punto, explicarse naturalmente; entonces que la cultura intensiva no existia, que los abonos químicos no habian sido inventados, el barbecho del año séptimo, con desmenzamiento del suelo, era una necesidad absoluta. Y no es dudoso que este exceso de cosecho asegurado por



esta buena repartición de tierras, equivalía á una triple cosecha del año sexto. Sin embargo, la fidelidad con que los judíos observaban esta rigurosa ley, ruinosa en la apariencia, la actividad con que al volver de la cautividad obligáronse todos solemnemente á dejar la tierra sin cultura el año séptimo, parece indicar que la triple cosecha del año sexto era una milagrosa realidad.

—La *lepra de los ropajes y de las habitaciones* no es una imaginación ridícula como quería Voltaire; explicase perfectamente por el gran descubrimiento de M. Pasteur, de que todos ó casi todos los contagios, fermentaciones y putrefacciones tienen por causas los séres infinitamente pequeños ó microscópicos, vegetales y animales, esporos, mucédineos, hongos, vibriones, bacterias, etc. Es de la naturaleza de los mucédineos dar nacimiento á las manchas blancas ó rojas, más ó menos penetrantes, más ó menos perseverantes, y de ningún modo es imposible que la lepra sea engendrada ó comunicada por estos pequeños séres. La teoría de Moisés sobre la lepra, era, pues, de ciencia muy adelantada, demasiado adelantada para la ignorante incredulidad del siglo xviii. En la colonia inglesa del Cabo, la lepra de las casas es una infección bien conocida, de que han sido víctimas muchos gobernadores ó cónsules europeos.

—Críticase sin fundamento la expresión de san Pablo que un poco de *levadura corrompe la pasta*. La levadura, en efecto, determina la fermentación de la pasta; pues bien, toda fermentación supone verdadera descomposición, y toda sustancia descompuesta es una sustancia realmente corrompida. En las teorías modernas la fermentación y la putrefacción son operaciones naturales de la misma especie.

—En el Génesis y otros lugares hácese mención de la *vid* y del *vino*; pues bien, Herodoto dice que no había vino en Egipto. Pero en la gran descripción del Egipto, M. Costa describe detalladamente la vendimia egipcia, desde el corte de la vid hasta la prensadura de los raci-

mos, tal como la ha encontrado relatada en el hipogeo de Helethea. Encuéntrase en las antiguas ciudades egipcias fragmentos de ánfora, impregnados todavía en tártaro depositado por el vino. ¡Qué triunfo para la verdad bíblica! Con toda certeza es esta vez Herodoto el padre de la falsedad.

—Es faltar á la historia pretender, como lo hacía Voltaire, que la *Palestina* era un país de poca extensión, seco, pedregoso y estéril. La tierra de Promisión, tomada en toda su extensión, comprende la Siria, desde el monte Tauro y el Éufrates hasta el Egipto y el mar Rojo; es un país vasto y fecundo, que iguala, si no excede, al soberbio y fértil Egipto.

—En las cercanías del monte Ararat, allá donde el arca debió detenerse, la paloma encontró un ramo de *olivo*; pues bien, Tournefort, hablando de lo que vio por los alrededores de las Tres-Iglesias, villa de la Armenia, afirma que encontró allí hermosos viñedos, pero que faltan olivares. ¡Las Tres-Iglesias no son toda la Armenia! Al contrario, Estrabon decía que en la Armenia abundaban los olivares, pero que la vid no crecía en ella. ¡Es faltar también á la ciencia y á la historia el suponer que un arbusto, despues de haber florecido en una región, no puede dejar de ser cultivado ó de prosperar en ella! ¡Y los viñedos de Picardía! ¡Un turista inglés acaba de subir á la cumbre del monte Ararat! ¡Ah! ¡si nos trajese un fragmento del arca!

*Capítulo décimo.*—Verdad absoluta de los Libros santos (continuación).—*Ciencias físicas y matemáticas.*—*El milagro de Josué.* Admitimos que al mandato de Josué *Sta, sol*, el sol se paró, y que lo mismo hizo la luna; pero que tal vez el mandato de Josué dirigiese á la tierra, á la cual ordenaba cesase de girar sobre sí misma, ó al redor de su eje de rotación. Espresándose de este modo, ¿ha dicho Josué una frase hueca de sentido ó un error? ¿Ha querido decir que la tierra no giraba sobre su eje, que era el sol el que verificaba al redor de ella su revolución diurna? ¡No, evidentemente no! «Los astrónomos actuales, decía



Francisco Arago, creen incontestablemente en el movimiento de la tierra, en la inmovilidad relativa del sol, y sin embargo dicen todos sin escepcion: el sol sale, el sol pasa por el meridiano, el sol se pone. Y lo que dicen del sol, dicenlo de los planetas, de los cometas, de las estrellas, de las nebulosas, de todos los cuerpos celestes. Si Josué, añadía Arago, hubiese exclamado: Tierra, detente, no solamente ningún soldado de su ejército le hubiera entendido, sino que hubiera hablado una lengua imposible, anticientífica.» Es una de las grandes leyes de la mecánica el que no tenemos conciencia alguna del movimiento ó de los movimientos de rotacion ó de traslacion del sistema de que formamos parte. Referimos necesaria y fatalmente los movimientos que sufrimos al sistema del cual no formamos parte. El lenguaje de Josué es de tal modo natural y científico, que la ciencia más audaz no se atrevería á buscar y no podría inventar otro semejante. ¡Y la palabra *solsticio* admitida por todos!

Pero si verdaderamente la tierra cesó de girar sobre su eje, ¿cómo los objetos colocados en su superficie no fueron violentamente proyectados en el espacio? La objecion es natural. El que detiene un globo inmenso en movimiento, con mucha más razon puede mantener en su sitio á los objetos colocados sobre el globo. Para dar más fuerza á la objecion, algunos semi-sabios fingien confundir la detencion del movimiento de rotacion de la tierra con la detencion de su movimiento de traslacion sobre su órbita al rededor del sol. Pues bien, la velocidad del movimiento de traslacion, de treinta kilómetros cuatro décimos cada hora, es muy grande con relacion á la velocidad del movimiento de rotacion, que no es más que de cuarenta y cuatro céntimos de kilómetro. Si fuese súbitamente detenido, el movimiento de traslacion ó de mole cambiariase en movimiento molecular ó atómico, lo cual daría nacimiento á un calor enorme, capaz, muy probablemente, de fundir la mole entera de la tierra, de convertirla en vapor y disiparla en el espacio. Y sin embargo, concíbese que

la omnipotencia divina, animando simultáneamente cada molécula ó cada átomo con un movimiento igual, pero en contrario sentido al que resultaría más bien de extinguir la velocidad de la rotacion de la tierra; que de anular el efecto de la fuerza centrífuga, que, en su máximo, haría correr á un motor tres centímetros por segundo. Y concibiendo que cada objeto en la superficie de la tierra hubiese sido animado por una velocidad igual y en contrario sentido, el equilibrio se hubiera mantenido. Pero es absurdo el querer comparar el modo de accion de Dios al modo de accion del hombre. No estamos bastante enterados de esta gran verdad revelada por san Pablo: «Nosotros somos, vivimos y nos movemos en Dios.» El movimiento, que es para nosotros algo de absoluto y relativo á la vez, no existe para Dios.» Se hace en Él y por Él; ¿cómo no será, pues, su moderador? Todas las energías actuales, virtuales, potenciales del mundo material, sólo son manifestaciones de la energia infinita del sér necesario.

El milagro de Josué supone dos ó aun tres cosas: la redondez de la tierra, su rotacion en torno de su eje, su traslacion en su órbita al rededor del sol. No tenemos la pretension de afirmar que estos tres fenómenos sean enseñados ó enunciados formalmente por los Libros santos; pero estamos en disposicion de probar que más bien son afirmados que negados. En efecto, uno de los vocablos hebreos, con que es sin cesar designada la tierra, significa globo ó cuerpo redondo. Job dice que Dios suspende la tierra sobre la nada; que la coge por sus extremidades ó polos, y que la sacude violentamente para arrojar á los impíos de su superficie; lo que todavía supone un globo suspendido en el espacio. El Sabio invoca el tiempo en que Dios no habia dado todavía sus goznes á



la tierra. Isaías muéstranos á Dios, tomando con tres dedos la masa de la tierra y arrojándola en una balanza para pesarla, sentándose sobre sus contornos, sobre su redondez, dándole su forma y labrándola redonda. Todo esto evidentemente proclama redonda á la tierra. Muchos Santos Padres entendieron así. San Agustín dice que la tierra es globulosa y redonda, suspendida en el vacío de los cielos. Rafael, intérprete espontáneo y fiel de la tradición, en sus magníficos cuadros de la creación de las salas del Vaticano, ha representado siempre á la tierra bajo la forma de un globo redondo; y en la grande escena de descenso del día séptimo, muéstranos á Dios, apoyando los pies sobre un pequeño globo redondo. Por lo mismo que la tradición bíblica, atestiguada por Rafael, hacia á la tierra redonda, suponíala implícitamente animada por un movimiento sobre su órbita, porque es de la esencia de un cuerpo redondo el moverse y rodar; no puede ser concebida la tierra suspendida en el espacio sin estar animada por un movimiento bastante rápido de traslación. También san Agustín decía que la tierra se balanceaba en el vacío; y el cardenal de Cusa, muerto en 1464, tenía por cosa muy cierta que la tierra movíase en realidad sobre su órbita, aunque este movimiento no fuese en manera alguna sensible.

¡La redondez de la tierra, su rotación diurna y su revolución anual, son, pues, equivalentemente afirmadas por la Biblia! Y sin embargo la Iglesia católica, representada por su cabeza Urbano VIII y por las congregaciones romanas, condenó estas verdades, incontestables hoy día, y las condenó, afirmando que eran contrarias á la Santa Escritura. Es el doloroso episodio de las dos condenaciones de Galileo, que discuto en todos sus esenciales detalles.

La primera condenación fué la del 24 de febrero de 1616; esta visiblemente no es más que una censura del sistema de Copérnico en los puntos en que se erige en teoría contraria á la Santa Escritura (porque un segundo decreto del 1620 permite enseñarlo como hipótesis); no

es más que una advertencia que se dá á la ciencia para que no atraviése los límites de sus dominios, para que no dogmatice ocupando el lugar de la Iglesia sobre el verdadero sentido de los textos de la Santa Escritura.

La segunda condenación es del 22 de junio de 1633; es mucho más grave y no tiene disculpa. Estamos obligados á confesar que los augustos representantes de la religión y de la Iglesia, cayendo por exceso de celo y bajo la presión de la opinión pública en un grande error, declararon herética una verdad científica, demostrada hoy día hasta la evidencia; que obligaron al noble anciano á una solemne retractación, forzándole á negar las inmortales consecuencias de sus descubrimientos, á declarar falso lo que sabía era verdadero, á hacer juramento de no enseñar lo que sabía era la verdad. ¡Triste es esto y doloroso hasta el exceso! (1). Pero sépase al menos reconocer

(1) Nota de los Editores.

El Sr. de Frayssinous, Obispo de Hermópolis, en su defensa del Cristianismo, tomo III, dice lo siguiente:

«Se cita á Galileo condenado y perseguido por el Santo Oficio por haber enseñado el movimiento de la tierra sobre sí misma. Felizmente se halla probado en el día por las cartas de Guichardini y del marqués Nicolini, embajador de Florencia, amigos ambos, discípulos y protectores de Galileo, por las cartas manuscritas de éste y por sus mismas obras, que hace un siglo se está engañando al público sobre el motivo de su persecución. Este filósofo no fué perseguido por ser buen ó mal astrónomo, sino como mal teólogo, y por haberse querido entrometer á explicar la Biblia. Es cierto que sus descubrimientos le suscitaron enemigos envidiosos; pero no fueron aquellos el motivo de su proceso, sino su terquedad en querer conciliar la Biblia con Copérnico; y sólo su petulancia fué el origen de sus disgustos. Es falso que estuviese, pues, en las cárceles de la Inquisición; lo estuvo únicamente en la habitación del fiscal, y con plena libertad de comunicación. En su defensa no se trató de lo sustancial de su sistema, sino de su pretendida concordancia con la Biblia; y, después de dada la sentencia y hecha la retractación á que fué condenado, quedó en plena libertad para volver á Florencia. Estas noticias se deben al protestante Mallet-Dupan, que, fundado en documentos originales, ha vindicado en parte á la corte Romana.» (Véase *Mercur de France* del 17 de julio de 1784, núm. 29, ó *Dictionnaire de Théologie*, por Bergier, artículos *Monde* y *Science*.)



que en este fatal debate no comprometiese en manera alguna la Fe, porque no puede ser cuestion de un juicio hecho por la Iglesia infalible. Tratábase, en efecto, de una cuestion de pura ciencia, enteramente extraña al dogma, á la disciplina y á la moral. Pues bien, la Iglesia afirma que su infalibilidad extiéndese únicamente al dogma, á la disciplina y á la moral, y de ninguna manera á la ciencia. Galileo encontrábase en presencia, no de una de estas majestuosas asambleas hablando en nombre de la Iglesia universal, sino de una de estas congregaciones de prelados hablando en nombre propio, y no teniendo más potestad que un mandato disciplinario. En todas las actas del proceso, encuéntrase por doquiera á Urbano VIII, pero no encuéntrase en parte alguna al Papa hablando con autoridad, juzgando *ex cathedra*. Vése en él al juez correccional, pero no al Pontífice sentado en la Silla de san Pedro, y enseñando soberanamente á la Iglesia universal. El Papa no asiste á ninguna de las sesiones; es la sola congregacion del Santo Oficio la que autoriza y falla. La sentencia de condenacion sólo ostenta las firmas de seis cardenales, sin indicacion alguna de la confirmacion del Papa. La condenacion sólo representa, pues, el falible juicio de seis cardenales. Para que una decision sea una decision *ex cathedra*, es preciso: 1.º, que el punto definido toque á la fe; 2.º, que el papa notifique la definicion á toda la Iglesia, dirigiéndose directamente á ella; 3.º, que los términos de que se sirve indiquen su intencion de exigir un acto de fe sobre el punto definido. Pues bien, basta leer los decretos promulgados en el proceso de Galileo, para cerciorarse de que todas estas circunstancias á la vez faltan en él. Ni bula, ni encíclica, ni breve del Papa acompañan á las sentencias del Santo Oficio ó de la congregacion del Indice, ni hay aun la confirmacion ni la firma pedidas al Soberano Pontífice y otorgadas. Estas son de las congregaciones romanas que pueden engañarse y que se engañaron, porque salieron del dominio de la fe para entrar en el dominio de la pura ciencia. Es demasia-

do sin duda, pero qué tiene de extraño que en una época de lucha y de agitacion, cuando la interpretacion privada de la Santa Escritura era capaz de producir tan grandes males, un exceso de celo haya arrastrado al error á los tribunales á los cuales no se ha hecho promesa alguna de santidad é infalibilidad? Trátase de un hecho único que Dios permitió para hacer á la autoridad eclesiástica más cuidadosa en marcar lo que corresponde á la ciencia y á la fe respectivamente, para mejor advertir la que, en las cuestiones de ciencia, debe sobre todo limitarse á censurar, á vigilar, á contener á los sabios cuando estos no se paran en enunciar como verdades demostradas las aserciones ciertamente contrarias á la Revelacion y por consiguiente á la ciencia. Trátase de un hecho único, ya viejo, pues cuenta nada menos doscientos cincuenta años, y que sin embargo no ha cesado de ser ocasion de violentos é iracundos ataques contra la Iglesia de Jesucristo. Es preciso que nuestros enemigos sean muy pobres, ó que lleguen al fin de sus argumentos, para levantar sin cesar contra Ella la gran sombra de Galileo, que piadosamente murió en su seno.

Probado está además, tanto por el testimonio auténtico de todos los contemporáneos más dignos de fe, como por las cartas del mismo Galileo y los procesos verbales de 1633, que no solamente no fué sometido al tormento, sino que, á decir verdad, jamás fué aprisionado ó privado de la libertad. Queda el tormento moral; pero quién se atreverá á decir que Galileo, abjurando cobardemente todas sus convicciones, no lo mereció?

—*El vaso imposible.*—Dicho está en el libro de los Reyes: «Salomon hizo tambien el gran mar de bronce de diez codos desde un borde al otro, completamente redondo: su altura era de cinco codos y un cordon de treinta codos ceñía todo su contorno.» Trátase aquí de un vaso en la apariencia matemáticamente imposible, cuya circunferencia seria igual á tres veces el diámetro. Francisco Arago no se escandalizaba de esta relacion de tres á uno; veía en esto, no



un error, sino una necesidad del lenguaje, como en el *Sol, detente*, de Josué, necesidad resultante de la inconmensurabilidad de la relación de la circunferencia con el diámetro. Pero en realidad refririéndose los diez codos al diámetro exterior y los treinta á la circunferencia interior de un vaso que tenía cierto espesor, la imposibilidad desaparece enteramente. Hay más; si el espesor del mar de bronce nos hubiese sido manifestado, podríamos deducir de sus dimensiones la relación de la circunferencia con el diámetro, tal como es dado por la geometría. El estudio de este mar de bronce conduce, por otra parte á aproximaciones verdaderamente misteriosas. ¡El codo de Moisés, que es también el de Salomón, es asimismo el de la gran pirámide! La capacidad del arca de la alianza es la del cofre de la cámara del rey de la gran pirámide de Gizé! La capacidad del mar de bronce es cincuenta veces la del arca de la alianza y la del cofre de la gran pirámide! La capacidad de cada uno de los diez vasos de bronce, igual al quincuagésimo del mar de bronce, es igual á la del arca de la alianza y á la del cofre! Todo esto es extraordinario, pero este extraordinario, tratándose de una obra inspirada, no es completamente natural. ¡Hé aquí que un cálculo riguroso demuestra que la capacidad del arca de Noé es cien mil veces la del cofre de la gran pirámide, y por consiguiente la del arca de la alianza! ¿Las dimensiones dictadas por Dios pueden ser arbitrarias? ¿No deben al contrario tener una profunda significación?

—*Las tinieblas; la luz propia de la luna.*—Se acrimina á la santa Biblia, porque afirma: que la noche y las tinieblas, el día y la luz, existían antes que el sol; que las tinieblas son una sustancia que puede compararse á la luz; que la luna tiene su luz propia como el sol; que hay sobre los cielos aguas parecidas á las de los mares. La ignorancia y la falsa ciencia pueden únicamente formular estas acusaciones. Todo el mundo enseña hoy día que la luz, el día y la noche son anteriores al sol, no tal vez en el estado de nebulosa en vías de condensación, sino en el estado

de astro, llegado ya al término de su formación, constituido en estado de luminar del mundo planetario.

El Génesis no hace de las tinieblas una sustancia, no dice: *Fiant tenebrae*, como dice: *Fiat lux*. Para él como para nosotros las tinieblas son una negación. Separar la luz de las tinieblas, creando lumináres, que tan pronto se presentan como se occultan, no es en manera alguna separar dos sustancias y dar á cada una su lugar. Cuando Job habla del lugar de las tinieblas, ¿acaso las materializa más? Fuera de esto, la luz y las tinieblas tienen los claros y las sombras, que son una verdadera localización. ¿Qué más localizada que la línea central de un eclipse de sol?

Cuando la santa Biblia dice: Distinta es la luz del sol, distinta la de la luna, no excluye el origen común de estas dos luces; las diferencia simplemente por su intensidad y cualidades particulares. El espectróscopo muestra que, sin presentar líneas específicas, la luz de la luna tiene sus reverberaciones y fajas propias. Uno de los profetas hace además una distinción admirable: *¡El sol brilla, la luna ilumina!*

En cuanto á las aguas superiores, el espectróscopo nos ha descubierto la existencia de agua ó de vapor de agua, en cantidad enorme, aun después de la precipitación del diluvio, en las profundidades de los cielos, en las atmósferas del sol, de los planetas y de las estrellas.

Para poder imputar á la Revelación una monstruosa herejía, la semi-ciencia no ha vacilado en transformar en eclipse la grande ofuscación del sol que sumió á la tierra en las tinieblas durante la agonía de Jesucristo. ¡Las ofuscaciones del sol son sin embargo fenómenos naturales y aun históricos! Pero la repulsió instintiva de lo sobrenatural hace ciega voluntaria á la falsa ciencia y la hace olvidar todo lo mejor que sabe.

Un sapientísimo físico hasta ha llegado á ver en estas grandes palabras del Génesis: *¡la luz fue!* un extraño anacronismo fisiológico; por la razón que no pudo haber luz



hasta que hubiese un ojo que la contemplase. Fingia ignorar que en el lenguaje clásico la palabra *luz* igualmente significa la impresion recibida y el agente fisico que causa la sensacion.

—La *estrella de los magos*, que avanza, se detiene, desaparece y reaparece, incontestablemente es un hecho sobrenatural y milagroso. Pero no es menos verdad que una estrella que brilla, se acerca ó se aleja, se extingue, etc., está enteramente en las ideas modernas, porque sin cesar se trata, en la ciencia del dia, de meteoros luminosos, de bólidos, de asteroides, de estrellas fugaces, cadentes, etc., de aerólitos ó cuerpos caidos del cielo. ¡La Santa Biblia y las crónicas de todos los pueblos hablan, hace más de cuatro mil años, de estos diversos meteoros, que la ciencia habiase obstinado en mirar como fabulosos ó imaginarios hasta el principio de este siglo!

—Del episodio del *becerro de oro*, hácese, contra la veracidad de los Libros santos, una objecion formidable en la apariencia, pero vana en realidad. En el fondo ¿qué resulta de este relato bíblico? ¡Que en el tiempo de Moisés conocíase el oro, que se sabia consumirle ú oxidarle, es decir reducirle á polvo impalpable! Por lo mismo que el oro encuéntrase en estado natural, y porque es fusible á una temperatura relativamente poco elevada, la industria del oro ha sido la primera de las industrias metalúrgicas. El ejército inglés cogió en su campaña contra los Achantis, nacion semi-salvaje, una inmensa cantidad de vajillas de plata y de joyas de oro. Se ha probado por los monumentos que los Egipcios sabian producir, con muy débiles agentes de combustion, los más considerables efectos en la fundicion de los metales.

—*El agua que saltó de la roca de Horeb* herida por la vara de Moisés es incontestablemente milagrosa, pero en sí misma esta roca, con sus agujeros por los cuales saltó el agua, es un objeto casi histórico. Transformar la vara en sonda, la fuente milagrosa en pozo, hábilmente ahondado por Moisés, es una inconsiderada invencion de la semi-cien-

cia. Para apagar la sed de una multitud inquieta, para reprimir sus murmullos, conjurar su rebelion y sus violencias, ponerse tranquilamente á ahondar un pozo en la roca puede ser una idea de sabio abstracto y distraido, pero no una idea digna del divino é inspirado conductor del pueblo de Israel.

—Ver en las *columnas de fuego y humo* que precedian ó seguian al ejército de los hijos de Israel, para guiar sus pasos, no fenómenos milagrosos, sino alguna cosa parecida al fuego que los Persas llevaban á la cabeza de sus ejércitos, ó á la estufilla usada en las casas de los Egipcios modernos, seria una pueril tentativa.

—La *retrogradacion de las agujas del cuadrante de Achar*, al mandato del profeta Isaias, es un prodigio del mismo órden que el milagro de Josué. Podria tal vez explicarse por uno de esos efectos de refraccion extraordinaria, tan comunes en la naturaleza, y que esta vez habiase reproducido sobrenaturalmente, en el momento en que era requerido y mandado. Pero si tanto se quiere buscar á esto una interpretacion fisica, vale más ver en ello el efecto del trastorno del movimiento de rotacion de la tierra, que nada imposible es á Dios, como de sobras lo probamos.

—Nada opónese á que la industria del *vidrio* existiese en tiempo de Salomon, porque cierto es que el vidrio fué conocido en Egipto desde la más remota antigüedad. Se han encontrado en las exploraciones del templo de Karnac vasos de vidrio que servian para los sacrificios; el museo del Louvre posee uno de estos vasos.

—*Las interrogaciones de M. Draper*.—Queriendo en un libro que destila ira, resumir, exagerándolas, las causas del abismo insondable y siempre creciente, que pretende existen entre el catolicismo y el espíritu del siglo, un publicista amigo de meter cizaña, el profesor Draper de Nueva-York esclamaba: «¿Cómo los hijos de la Iglesia podrán mirar como engañosas ilusiones la redondez de la tierra, su rotacion sobre su eje, su revolucion al rededor del sol? ¿Cómo podrán negar que existen antipodas y otros mun-



dos planetarios? ¿Cómo podrán estar convencidos de que el universo ha sido criado de la nada, el mundo hecho en una semana, y todo desde luego en el estado en que se halla hoy día, que ningún cambio se ha efectuado en él, sino que todas sus partes han funcionado con tal indiferencia, que la intervencion incesante de Dios ha sido necesaria para ponerla en movimiento y conservarla? «Estas interrogaciones son verdaderamente insensatas. Nosotros creemos, tanto ó más que M. Draper, en la redondez de la tierra, en su doble movimiento de rotacion y de traslacion, en otros mundos planetarios, habitables ó no habitables, habitados ó no habitados, pues que no sabemos nada de ello, porque no vivimos allá para verlo, lo mismo que M. Draper. Creemos en un sér necesario, y por consiguiente eterno, infinito, omnipotente; y rehusamos el creer con M. Draper en la necesidad, en la eternidad imposible de un protoplasma que podia tener mil formas, mil dimensiones diferentes y estar animado de mil y mil diversos movimientos, entre los cuales no pudo escoger antes de existir. Nuestro sér necesario pudo crearlo todo. El sér contingente, finito, el protoplasma de M. Draper no pudo hacerlo que es, ni valuarlo. Nada, por otra parte, obliga á admitir, aunque era posible al Dios Eterno é infinito, ni tampoco nosotros lo admitimos, que el mundo haya sido hecho en una semana igual á la de hoy día, y que ningún cambio se haya operado en él. Decimos al contrario con el Rey profeta, y con este grandioso lenguaje que por cierto hace palidecer el lenguaje de la falsa ciencia: «Vos, Señor, habeis fundado en el principio la tierra, y los cielos son la obra de vuestras manos. Pero ellos perecerán, y Vos subsistireis; envejecerán como un vestido usado; los cambiareis como se cambia una tienda; pero Vos seréis siempre el mismo; vuestros años no pasarán, y los hijos de vuestros hijos habitarán con Vos.» En cuanto á la indiferencia de unas y otras partes de la tierra, no estamos de ningún modo dispuestos á reemplazarla por la atraccion universal, por el amor newtoniano, que no es más que una palabra vacía

de sentido, un error monstruoso de la ciencia, error que hace ruborizar hoy día á todo el mundo; sino que abandonamos el mundo solar y los mundos planetarios á la accion divina de la rotacion y de la impulsión, consecuencia grandiosa del *Fiat lux* solemnemente pronunciado por Dios.

*Capítulo undécimo. — Verdad absoluta de los Libros santos (continuacion). — Ciencias geográficas é históricas. — El jardín del Eden.* Los rios ó arroyos que regaban el jardín del Eden pudieron ser llamados de los nombres de los grandes rios, Phison, Gehon ó Nilo, Tigris, Éufrates, que estaban demasiado distantes, por las cualidades particulares que los adornaban para embellecer y fecundizar este lugar de delicias, y que les hacian como los diminutivos de estos cuatro grandes rios. Un hecho notable es que Jerusalem nos presente aun hoy día cuatro rios ó arroyos á propósito para llenar las mismas funciones. Todos cuatro tienen su origen casi en el mismo punto: dos desaguan en el Mediterráneo; los otros dos arrojense en el Jordan y mar Muerto: uno de estos, el torrente Cedron, cuyo nombre no ha dejado de llevar, y que, como el de Éufrates, expresa la vegetacion riquísima y la densa sombra de sus orillas. ¡Esta coincidencia, junta con otras tradiciones, haria colocar el Paraiso terrenal en la region que todavia ocupa hoy Jerusalem! Resultaria de esto que el hombre fué rescatado allá donde pecó; que el espíritu infernal fué vencido allá donde reportó su fatal victoria; que el huerto de los Olivos, teatro de la agonía del divino Salvador, fué el testigo de la tentacion; que la cruz fué plantada en el mismo sitio del árbol del bien y del mal, y al mismo tiempo sobre el sepulcro de Adán. Una tradicion posterior supone tambien á Jerusalem el teatro de la última escena del mundo, del juicio final, en el valle de Josefat.

*El diluvio de Noé.*—La narracion de Moisés es sencilla, clara, metódica. Por otra parte Moisés, segun confesion de